

permitiese quedarse en el Palacio, puesto que así lo deseaba y no viese á ninguna de las personas de quienes desconfiaba.

Atendiendo, pues, á las indicaciones del facultativo, se preparó una habitación, donde la Emperatriz pasó la noche con la Sra del Barrio y con su camarista vienesa Matilde Doblinger y se decidió que desde luego, se reunieran en consejo todas las personas de su séquito para deliberar lo que más conveniente fuera.

El Secretario del Papa manifestó á los que nos encontrábamos ansiosos esperando qué determinación tomaba Su Santidad, que éste se encontraba muy consternado y que atendiendo á lo indicado por el médico, había accedido á que Carlota pasara la noche en el Vaticano.

Los chambelanes y el ministro mexicano regresaron al hotel ya muy entrada la noche, profundamente emocionados como podrá comprenderse y sin querer dar crédito á lo que se les había referido.

¡Al día siguiente por todo Roma circulaba ya el rumor de que la infortunada Emperatriz de México había perdido la razón!

#### CAPÍTULO IV

Regreso de la Emperatriz al Albergo de Roma. — Su vida en el hotel. — Se decide avisar al Emperador. — Viaje del Dr. Bouslaveck á México. — Aviso al rey de los Belgas. — Decretos de destitución de ministros dictados por la Emperatriz. — Llega á Roma el conde de Flandes. — Salida de la Emperatriz Carlota acompañada de su hermano. — Se disuelve el séquito imperial. — Mi regreso á México.

Como es muy fácil de comprender, la mayor consternación reinaba en el séquito de la Emperatriz, y desde luego se pensó en tomar alguna determinación práctica.

Reuniéronse al efecto en una de las salas del hotel, los Sres. Don Martin Castillo, el conde del Valle, el marqués del Barrio, el ministro Velázquez de León, Don Felipe Degollado y el obispo Ramírez, y por lo pronto decidieron esperar al día siguiente para ver qué cosa era lo más conveniente hacer.

Al siguiente día, primero de Octubre, un enviado de Pío IX vino á manifestar á los afligidos súbditos de

Carlota que ésta se encontraba más tranquila, que se la había convencido de que debería volver á su alojamiento, y que ella estaba conforme; habiéndosele dicho que todas las personas de quienes desconfiaba habían salido de Roma y que, con tal motivo, era conveniente no mirase á ninguno de los caballeros que formaban su comitiva.

Igualmente preguntaba el Papa, qué se había decidido hacer y decía que le parecía muy conveniente que alguien emprendiese desde luego el viaje á México para poner en conocimiento del Emperador tan desdichado acontecimiento, dándole á conocer detalladamente todas las fases de la enfermedad.

Nadie, como es natural, quería hacerse cargo de una misión tan delicada á la vez que tan dolorosa; por fin se convino que el Dr Bouslaveck sería el comisionado y á la vez se decidió que en el acto se diera aviso también al Rey Leopoldo, hermano de la demente princesa, para que mientras resolvía Maximiliano — adónde debía ser trasladada, su hermano dictara algunas disposiciones.

Cuando los ministros y demás personas del séquito imperial se encontraban en semejantes discusiones, un criado vino á avisar que Su Majestad la Emperatriz volvía al hotel.

Todos los Mexicanos nos ocultamos; pero desde nuestro escondite, pudimos ver á la infortunada Carlota bajar de un coche cerrado que la conducía. Subió las escaleras acompañada de la Sra. del Barrio y de su

fiel camarista Matilde, llegó á sus habitaciones y se encerró en ellas con llave, dejando fuera á la dama de honor, quien vino á contarnos todos los tristes detalles de la noche anterior pasada en el Vaticano. En toda la noche, S. M. no cesó un instante de pasearse á lo largo de la habitación papal, no dejó de hablar incoherentemente y se rehusó por completo á tomar alimento alguno y á reposar. Á la madrugada, entraron al cuarto el médico y un sacerdote secretario del pontífice y llamada un poco por sus palabras, había consentido en volver al hotel.

Minutos después de su regreso, Carlota, por conducto de la camarera Matilde, quien como ya dije fué la única que penetró con ella, hizo llamar á la Sra. de Kuhachevich; y tan luego como la fiel servidora estuvo en presencia de la soberana, ésta le habló en los siguientes términos:

— « Jamás hubiera creído que una persona que como Ud, me conoce desde hace tantos años y á quien he colmado de beneficios, á la que he entregado mi cariño y mi confianza, se vendiera á los agentes del emperador Napoleón para envenenarme. »

La pobre camarista protestó y lloró, se arrodilló implorando á los pies de la demente soberana; pero ésta no escuchaba razón alguna y violenta ya, agregó:

— « Salga Ud de aquí, Señora, salga Ud, y diga á sus cómplices que han sido descubiertas sus tramas, que sé quiénes son los traidores. Diga Ud al conde del Valle, al esposo de Ud y al Dr Bouslaveck que huyan si no

quieren ser presos inmediatamente. Y Ud, huya también, pues no quiero ni volver á oír su nombre. »

La Sra. Kuhachevich salió llorando de las habitaciones de la Emperatriz, perfectamente convencida de que su augusta ama había perdido completamente la razón.

Pocos minutos después, hizo S. M. llamar á la Sra del Barrio, mandó poner un carruaje y salió en él, acompañada de la dama de honor. Ordenó al cochero que saliese á dar vueltas por algunas calles de Roma, hasta encontrar una fuente, cosa muy fácil en la ciudad eterna.

Á la primera que vió el cochero se detuvo, y entonces la soberana descendió del carruaje, llevando en la mano una jarra de cristal que llenó de agua, en el mismo surtidor de la fuente.

Enseguida volvió á subir y ordenó que la condujesen de nuevo al hotel, donde atravesó hasta llegar á sus habitaciones por los corredores y patios enteramente desiertos, pues toda la servidumbre había recibido orden de ocultarse para no exacerbar con su presencia el mal de la Emperatriz.

Entretanto Matilde, de quien no desconfiaba, se había procurado ya una pequeña hornilla de hierro, carbón, dos gallinas vivas y un cesto de huevos, para condimentar delante de Su Majestad los alimentos que ésta debería tomar, pues no quería comer nada más que lo que viera preparar, ni beber más agua que la que ella misma recogiera en su jarra de cristal de los surtidores de las fuentes romanas.

Matilde le instaba para que comiera algunas frutas, uu poco de pan, etc. ; pero Carlota rehusaba alegando que todo estaba envenenado.

Aseguraba la pobre, que hasta en las frutas mismas podían los traidores introducir algún tóxico y por lo mismo no comía más que lo que Matilde preparaba y condimentaba delante de ella.

Al efecto, la camarista vienesa se veía obligada á matar, á destazar y á condimentar las gallinas en la propia habitación de la Soberana.

Las noches eran verdaderamente inférnales, Carlota se rehusaba á dejarse desnudar y á meterse en el lecho, y agitadísima se paseaba durante toda la noche á lo largo de su recámara ; sólo á la madrugada, accedía á descansar un poco recostada en un sillón. Naturalmente al cabo de unos cuantos días de este excesivo trabajo, la pobre Matilde no podía ya de fatiga y casi estaba á punto también de perder la razón ; fué pues preciso, con mucha astucia ir acostumbrando á la Emperatriz, á que viera junto á ella el rostro de otra camarera romana, á quien Matilde pudo introducir en las habitaciones, sin que Carlota desconfiara.

Entretanto se había decidido enviar un cablegrama preventivo á Maximiliano, por conducto de Hertzfeld, á quien se diría la verdad y éste la transmitiría prudentemente al Emperador.

El cablegrama decía textualmente :

« Su Majestad la Emperatriz Carlota ha sido atacada el día

cuatro de Octubre en Roma, de una congestión cerebral de bastante gravedad. La augusta princesa ha sido conducida á Miramar. »

Igualmente se decidió que el doctor Bouslaveck, partiría á México por la vía de Nueva-York, para llegar lo más pronto posible y en su calidad de hombre de ciencia, explicaría en detalle el desarrollo del terrible mal, como también las probabilidades que hubiera de curación.

Avisado igualmente por telégrafo Leopoldo II, este Soberano contestó que ya salía de Bruselas el otro hermano de Carlota (el conde de Flandes) para conducir á Miramar á la imperial enferma y allí consultar con los más sabios especialistas cuál era el tratamiento que debía aplicársele; agregaba Leopoldo II, que el conde de Flandes llegaría á Roma el día siete del citado Octubre.

El día siete por la mañana la Emperatriz preguntó á la Sra. del Barrio, si yo me encontraba en Roma, y habiéndole contestado la dama de honor afirmativamente, me hizo conducir á la habitación de Carlota.

La encontré de pie, como siempre majestuosamente erguida, vestida de riguroso luto, con el traje cerrado hasta su ebúrneo cuello y cuidadosamente peinada, pues la demencia no le había quitado el esmero de su persona.

Dirigiéndome dulce y tristemente la palabra, me dijo:

— Ya usted habrá visto mucho en Roma y deseará ir á otras capitales europeas, puede Ud hacerlo; pero antes he querido que escriba estos decretos para mi firma. Siéntese Ud á hacerlo.

Había en la habitación una pequeña mesa con todo lo necesario para escribir, y comencé á hacerlo al dictado de Su Majestad:

CARLOTA EMPERATRIZ DE MÉXICO,

En atención á que el Sr Juan Suárez Peredo, conde del Valle de Orizaba y nuestro gran chambelán ha formado parte de una conspiración fraguada para atentar á la vida de su Soberana, hemos tenido á bien destituirlo, como lo destituimos por el presente, de todos sus títulos, cargos y honores, mandándole se aleje de la corte sin volverse á presentar en ella por ningún motivo, comunicándose á Su Majestad el Emperador Maximiliano esta nuestra disposición, haciéndola firmar y tomar razón de ella, por nuestro intendente de la lista civil y ministro de la casa imperial.

Dado en Roma á 7 de octubre de 1866.

Di lectura al documento y habiendo quedado satisfecha la Emperatriz, me dijo:

— Ponga Ud otros iguales, para las destituciones siguientes:

Al Sr Felipe Neri del Barrio, marqués del Apartado, del cargo de chambelán.

Al doctor Bouslaveck, del cargo de médico de cámara.

Al Sr J. de Kuhachevich, del de tesorero de la casa imperial.

À la Sra de Kuhachevich, del de camarera mayor y finalmente al Sr Don Martín Castillo del de intendente de la lista civil y ministro de la casa imperial.

Deben comprender mis lectores, que yo no tenía en aquellos momentos más misión que obedecer, y no contrariar en lo más mínimo las órdenes de la princesa, para no exacerbar su demencia; hubo un momento sin embargo, en que pensé preguntar á la Soberana, ¿ cómo era posible que el Sr Castillo firmara aquellos decretos cuando en uno de ellos se trataba de su propia destitución?

¿ Y cómo también iba á firmarlos, cuando ella tenía ya conocimiento (por lo menos así se le había hecho creer), de que el citado ministro había salido de Roma?

Pero, en el acto resolví no contrariarla en nada, ni en lo más mínimo, y seguí escribiendo lo que me dictaba.

Paseábase tranquila al parecer por todo el cuarto, y de cuando en cuando levantaba yo mis miradas para observar su augusta fisonomía, tan cambiada en muy pocos días, por tantas emociones y por tantos sufrimientos.

Tenía el rostro completamente demacrado, los pómulos muy salientes y enrojecidos y las pupilas brillaban con extraño fulgor, cuando no se detenían sus miradas á fijarse en un punto determinado, vagaban extraviadas

é inciertas como si buscasen figuras ausentes ó parajes lejanos.

Pude también observar á mis anchas la habitación de la enferma; había en el fondo un suntuoso lecho de madera cubierto con amplio pabellón de seda, y desde luego se veía que no había sido tocado en varias noches. Junto á la cama, sobre una mesa de noche, se veía un candelero con una bujía á medio consumir y un pequeño reloj de oro. Al pie del lecho, el sillón que servía para que descansara la Soberana, en los pocos momentos que tenía de calma; además, un armario con lunas, un tocador con bandeja de plata y jarra del mismo metal, algunas sillas forradas con brocado y una mesa sobre la que se encontraba la hornilla, en la que Matilde condimentaba los alimentos para la augusta paciente.

À los pies de la mesa, se encontraban atadas unas gallinas, y encima, algunos huevos y la jarra con agua, traída personalmente por la Emperatriz.

En uno de esos últimos días de nuestra triste residencia en Roma, pude personalmente ver á la Soberana apearse del coche frente á la hermosa fuente de Trevi y llenar en uno de sus espléndidos surtidores la jarra de cristal. Después, volvió tranquilamente á subir al carruaje sin fijarse en nada, y sin reconocermé ni mirar á nadie.

Tan luego, como hube de escribir las cartas, me levanté para pedir y recibir sus órdenes. Volvió entonces á decirme que, puesto que tenía permiso para pasearme por Europa durante seis meses y ya me había detenido

algún tiempo, podía yo salir de Roma cuando quisiera; enseguida me dió las gracias por haberla acompañado en su viaje á la ciudad eterna y antes de despedirme me ordenó buscara al Sr Castillo, para que se presentara ante ella y autorizara con su firma los documentos escritos por mí y también para que tomara nota de ellos. Manifesté á Su Majestad, que el Sr Castillo no estaba ya en el hotel y que probablemente había salido de Roma; pero entonces la Emperatriz, ya un poco violenta, me dijo:

— No importa, búsquelo Ud hasta que lo encuentre y que venga lo más pronto posible.

Pedí entonces á Su Majestad me diera á besar su mano á lo que accedió y poniendo una rodilla en tierra, besé aquella mano, sintiendo que el dolor y la emoción le naban de lágrimas mis ojos.

¡No en vano había pasado más de dos años cerca de tan noble y augusta señora, no en vano había recibido de ella y de su esposo, tantos y tantos beneficios, no en vano había participado de los días de esplendor, para que ahora no sintiera, con terrible dolor, el peso de aquel infortunio!

Á mi salida de las habitaciones de Carlota, ya me esperaban ansiosos el Sr Castillo y demás personas de la comitiva imperial.

Referí punto por punto, todo cuanto había acaecido, más la misión que tenía, de buscar por cielo y tierra al Sr Ministro de la Casa Imperial, para que éste firmara los decretos de destitución, que se habían quedado en la mesa del cuarto.

Algunas de las personas presentes opinaban que el Sr Castillo debía presentarse y firmar los decretos, recogerlos, y destruirlos luego; pero el Sr Castillo decía y con razón, que cómo había de estampar su firma al pie de tales absurdos, que muy bien podía suceder que la Emperatriz no se los entregase á él y los enviase directamente al Emperador.

Se decidió por fin decir á la Emperatriz que el Sr Castillo había salido de Roma; pero que ya se le había hecho llamar. Entretanto llegaría el Conde de Flandes y ya se vería entonces lo que era conveniente hacer.

Por la tarde, efectivamente llegó el hermano de la princesa y fué recibido en la estación por los Sres del Valle, del Barrio y Castillo. En el trayecto de la estación al hotel, se le dió cuenta de todo lo ocurrido y al llegar al hotel, se avisó inmediatamente á la Soberana el arribo de su hermano.

Permaneció el conde hablando largamente con su hermana y al día siguiente, ocho de Octubre por la mañana, salieron juntos del brazo, dirigiéndose en carruaje á la estación del ferrocarril, que había de conducirlos para Ancona, y allí embarcarse para Trieste.

¡Con qué doloroso recogimiento, y sin que la Soberana se apercibiera de nuestra presencia, vimos al conde, apuesto mozo, de simpática y noble fisonomía llevarse en el carruaje á la primera víctima de la lúgubre aventura del Imperio mexicano, aventura que empezaba á desenlazarse tan dramáticamente, para terminar con la tragedia sangrienta del Cerro de las Campanas!

Antes de partir el conde de Flandes, que era de muy pocas palabras, en muy pocas también, pero muy afectuosas, nos dió las gracias por los servicios que habíamos prestado á su hermana y ofreció enviar á París al Sr Castillo noticias sobre la salud de la Emperatriz y sobre su viaje á Miramar.

Apenas hubo partido en tan lamentable estado nuestra augusta princesa, nos reunimos para deliberar qué deberíamos hacer en situación tan anormal los mexicanos que allí nos encontrábamos.

El conde del Valle se dirigía á Sevilla, para fijar allí su residencia y no volver jamás á México.

El Sr y la Sra de Kuhachevich, á Viena, llevándose consigo á los criados austriacos é italianos.

El marqués del Barrio y su esposa á París.

El Sr Castillo, después de despedir á los criados mexicanos, dándoles el dinero necesario para volver á su patria, me indicó que lo acompañara yo á la capital de Francia, donde no tardaríamos en recibir noticias del Emperador, estando seguro Castillo, de que Maximiliano al saber la locura de su esposa y ya á punto de abdicar, no tardaría en volver á Europa con las últimas tropas franceses. Aseguraba, como efectivamente era cierto, que ya habían salido rumbo á Veracruz, las fragatas « Elisabeth » y « Dandolo », para repatriar al Soberano.

Agradecí profundamente el ofrecimiento del Sr Castillo, pero le manifesté que mi deber me ordenaba regresar en el acto á México y si al llegar á Veracruz, ya

Maximiliano había salido del país, en el mismo buque, que me llevaba á México y amparado por el pabellón inglés regresaría para Europa.

Tomadas estas decisiones, se disolvió la imperial comitiva, dirigiéndose cada uno de sus miembros al punto de su destino.

Yo seguí por Civita Vecchia, hasta Florencia y Milán y atravesando la Suiza por el San Gotardo llegué á París, donde me detuve tan solo unos cuantos días para descansar; y de allí para Londres y Southampton, embarcándome á bordo del vapor inglés *Tasmanian*, que debía salir para América el día dos de Noviembre.

Á mi paso por París, recibí un telegrama de Miramar, en el que se me avisaba que la correspondencia para el Emperador debía ser dirigida al cónsul de México en Southampton, así es que tan pronto como llegué á este puerto, me dirigí al consulado para recibir la correspondencia dicha.

Á las tres de la tarde del día dos de noviembre, el *Tasmanian* se hacía á la mar, rumbo á México, donde debía yo presenciar todavía escenas más crueles y desgarradoras que las que en Roma presenciara.